

## LOS SUPERESPECIALISTAS

DAVID LAGMANOVICH<sup>1</sup>

### El ignoto Saussure

Tenía yo en los Estados Unidos un amigo profesor (tengo, mejor dicho): lo llamaremos Dick. Dick es joven, inteligente, activo y, sobre todo, gran publicador. Su campo –la novela picaresca española– está cuidadosamente acotado, medido y parcelado por él. Un fluir casi inagotable de artículos, bibliografías, ediciones anotadas, comunicaciones a congresos y demás expresiones visibles de la laboriosidad académica así lo atestiguan. Dick no sólo estudia la novela picaresca y escribe sobre ella: la vive. Su identificación es total. Le interesa más la *Pícara Justina* que los pícaros Reagan y Bush, y no habla de libros o escritos, sino de “tratados” y “mamotretos”.

Un día llama a mi casa, preocupado: ha encontrado en sus lecturas críticas un nombre desconocido. “Tú sabes de lingüística”, me dice. “Hazme el favor: ¿me puedes contar algo, como para hacerme una idea, sobre un lingüista llamado Saussure?”

Le cuento algo, claro está: diez o quince minutos –hasta que se aburre– de saussurianismo básico. La lata de siempre: lenguaje, lengua y habla; significado y significante; sincronía y diacronía, y así

<sup>1</sup> Catedrático universitario, escritor, periodista, crítico literario y poeta (1927-2010). Intelectual argentino de proyección internacional, fue profesor en las universidades más destacadas de Latinoamérica, EE.UU. y Europa. Es autor de algo más de 50 libros de teoría, lingüística y crítica literaria junto con un doble centenar de artículos y ensayos. En materia de creación publicó 20 poemarios y alrededor de 18 libros de microrrelatos.

por el estilo. Dick se queda muy contento: ha develado una incógnita. Me abstengo de decirle que, en cualquier país hispanico, ese grado de ignorancia no sería tolerado en ningún alumno de segundo año de la Facultad..., aunque el culpable no supiera quién fue López de Ubeda.

### **Un estudioso**

Tengo otro amigo, a quien llamaremos Bob. En los Estados Unidos y fuera de su país, Bob es sumamente conocido como eminente lingüista. Circulan por lejanas tierras sus libros, ya en inglés, ya en traducción. Además es hombre afable, abierto al trato con colegas de todas partes. Su dominio del español es asombroso, y no ha tenido dificultad alguna en entablar cordiales relaciones con colegas de diversos países hispanoamericanos.

Por eso, precisamente, le presento un día a una profesora y escritora argentina que deseaba conocerlo. Hablan de Buenos Aires, de Córdoba, de Mendoza: ambos disfrutan de la charla. Ya pronta para despedirse, la visitante extrae un ejemplar de su último libro —una antología de cuentos contemporáneos, si mal no recuerdo— y, con la cortesía interautorial del caso, se lo entrega ya dedicado. Bob se pone tieso (aunque no molesto) y en el acto se lo devuelve: “Perdone usted, pero yo no leo literatura”, le dice secamente.

A la salida, trato de reconciliar posiciones con la desilusionada colega argentina. Pero es difícil: para ella, Bob es —o debería ser— un “hombre de letras”, y los hombres de letras que ella conoce no se niegan (o no deberían negarse) a leer literatura. Yo, más escarmentado, sé que el caso del lingüista que no lee literatura es bastante frecuente; por lo menos, en los Estados Unidos. Y sé también que ninguno de ellos perdería el sueño cavilando sobre si su conducta es o no adecuada para un hombre de letras o, más simplemente, para un hombre de cultura.

### **Un viajero**

Tengo un tercer amigo, a quien voy a atribuir aquí el ficticio nombre de Ned. No es —a Dios gracias— lingüista, sino especialista en la literatura y la “civilización”, como allá se dice, de la América

Latina. Enseña en una importante, vasta y remota universidad del Medio Oeste y, como Dick y Bob, firma numerosos artículos en revistas especializadas en donde se ocupa de todos nuestros grandes escritores, desde Alberdi (Juan Bautista) hasta Zorrilla de San Martín (Juan).

Un día me encuentro con Ned en un congreso notoriamente distante de su sede habitual, como que se realiza en un país latinoamericano. “¿Y has hecho tan largo viaje, desde el Medio Oeste norteamericano hasta aquí, nada más que para asistir a esta reunión?”, le pregunto. “Así es, viajé sólo para leer una ponencia”, me contesta. Y yo, admirativamente: “¿Pero qué te parece!” Y él, muy serio: “Bien: me parece muy bien”. Fin de la cita.

Creo que este último episodio –y hago gracia de otros– es el de más fácil interpretación. Ned conoce toda la literatura latinoamericana y toda la lengua española; lo que no conoce es para qué sirve la lengua (y quizá tampoco sepa qué es lo que la literatura *dice*). Tal vez sea bilingüe (además de itinerante), pero es decididamente monocultural. Tiemblo al pensar qué podría pasarle en una cancha de fútbol de Buenos Aires, en una plaza de toros de Bogotá, en medio de una manifestación política en Lima. Quédate, querido Ned, en tu *Middletown* de *Middle America*, hablando tu “*Middle Spanish*”...

Los otros dos casos justifican mayor meditación.

Bob ha recortado nítidamente (pero también mecánicamente) una provincia menor del saber humano –menor porque, después de todo, ¿qué es la lingüística junto a la poesía, la filosofía, las matemáticas o la teología?– y, con maniático empeño, cultiva un “saber” que de nada le servirá, porque al definir su objeto lo ha desnaturalizado y violado.

Las “estructuras lingüísticas” con las que Bob trabaja no son ni siquiera eso: al estar divorciadas de lo más importante que el hombre hace con el lenguaje, no llegan a ser lenguaje. Y como su territorio es la tontería que él y otros llaman “lingüística aplicada”, usa con entusiasmo esas estructuras deshidratadas para “enseñar” lenguas tales como el inglés, el tagalog o el español.

La “lengua” que enseña, sin embargo, no está contaminada por pensamiento alguno: en consecuencia sirve para hablar, pero a condición de que no se tenga nada que decir. Para eso usan algunos la lingüística: para enseñar a hablar una lengua en la que nada hay que comunicar.

¿Y Dick? Ah, él se considera una persona culta. Después de todo, ¿quién puede hablar más largamente del *Guzmán de Alfarache*, pongamos por caso?

Claro que Dick nada sabe del español del Siglo de Oro: le basta con el español de cada una de sus novelas. Trabaja con obras que –como todos los libros– están construidas con lenguaje, pero el lenguaje no le interesa. ¡Quede eso para los lingüistas, comenzando por el ignoto Saussure! Si alguien no usa ya los giros del *Lazarillo* o del *Buscón*, allá él: Dick no ve razón para preferir otras formas lingüísticas, ni ventaja alguna en entender el funcionamiento del español del siglo XX; es más, no tiene ni un mínimo interés en reflexionar sobre uno cualquiera de los problemas del lenguaje. Como Bob y como Ned, Dick ha tomado partido, ha acotado su “campo de investigación” y está allí, como se recomienda en *Candide*, cultivando su jardín.

Claro que hay jardines diversos: el profesor Dámaso Alonso fue un gran crítico y un gran poeta; el profesor Alonso Zamora Vicente es lingüista y crítico y narrador; el profesor Emilio Alarcos Llorach se ha ocupado no sólo de la fonología española y del pensamiento gramatical de Hjelmslev sino también de la poesía de Blas de Otero...

Dick, Ned y Bob, si se enteran, mirarán azorados; pero el azoro les durará sólo un instante. Esas son cosas de “extranjeros”, pensarán; y con expresión reconcentrada volverán a anotar una palabra, un fonema o una “costumbre típica”, en la árida pantalla del ordenador.